

fica, en otros términos, que los viajeros de tercera clase—que sufren la incomodidad del servicio, helándose en invierno, asfixiándose en verano—pagan los cómodos divanes, los elegantes decorados, la comfortable calefacción á los viajeros de primera clase.

»Yo he conocido á un hombre loco de remate, que había descubierto un invento que titulaba *El ferrocarril sin carbón*, y que consistía en que los viajeros de tercera clase pagasen un billete muy económico con la obligación de hacer girar cierta rueda que ponía en movimiento todo el tren. La organización ferroviaria italiana realiza, aunque bajo diferente forma, ese ideal, pues haciendo pagar á los viajeros de tercera clase más de lo debido, pone también en movimiento con ese exceso de precio el resto del convoy.

»Añádase á esto que los viajeros de tercera clase no pueden utilizar sino por excepción los trenes directos; y esto, en un siglo en que la rapidez es el arma más eficaz de la lucha por la vida, constituye una inferioridad permanente para las clases trabajadoras. Esto es tan cierto, que en aquellos países, como en Inglaterra, donde la clase obrera se halla organizada y posee gran influencia, los trenes directos tienen

otra organización: no hay en ellos segunda clase, pero sí primera y tercera; aquélla para los ricos, y ésta para los pobres.

»La instrucción pública está también organizada en beneficio de las clases elevadas. De diez reformadores de la instrucción pública, hallaréis seguramente nueve que se ocupan de la superior y uno solo que se preocupe de la instrucción popular; sin contar que los que se ocupan de la primera piensan, más que en la ciencia, en las profesiones. También quisiera yo que Italia invirtiese en instrucción tantos millones como Inglaterra y América del Norte; pero cuando os hablen de la Universidad como templo de la sabiduría, no tengáis reparo en negarlo. Las Universidades no son institutos científicos, sino centros que sirven solamente para dar la instrucción profesional de la medicina, de la abogacía, etc., á expensas de toda la nación y en provecho exclusivo de un pequeño número de jóvenes pertenecientes á la clase burguesa. Y éstos favorecidos, á expensas de la nación y, por tanto, también de los trabajadores que no ven de la Universidad ni siquiera la fachada, tratan solamente de procurarse los medios de ganar dinero en sus respectivas profesiones.

»¡Y si al menos tuvieran sentimientos de

gratitud para quienes contribuyen á mantener la Universidad sin disfrutar de ella! En vez de esto, se sirven de sus títulos para practicar un mezquino proteccionismo profesional contra los que por su capacidad intelectual podrían salir de las clases obreras y hacerles competencia.»

En cualquiera orientación de la política económica que se inspire en un sentimiento nacional, descúbrese también la lucha de clases.

Alfredo Naquet, en un artículo titulado *Libre cambio y proteccionismo* (1), demuestra que el proteccionismo que se ha ofrecido á los pequeños propietarios como el remedio de su aflictiva situación protege preferentemente á los grandes capitalistas, que son más productores que consumidores.

Las clases dominantes han sido y son eminentemente egoístas.

Cuando han legislado y legislan conforme al interés de las clases sometidas, lo hacen ya porque los intereses de unas y otras clases coinciden, ya porque el perjuicio de los desposeídos amenaza recaer sobre los poderosos, ya porque temen el poder de aquéllos, ya, en fin, porque los proletarios

(1) *Reforma Social*, número 5, 1894.

constituyen transitoriamente un auxilio para el triunfo de alguna fracción de la clase dominadora (1).

Son muchos indudablemente los hombres generosos y buenos pertenecientes á las clases dominadoras, y es indudable que algunos de ellos desean el bien de los humildes, de los desheredados, y creen que para conseguirlo basta inspirarse en el amor al prójimo y en la bondad.

Pero es asimismo cierto que en la vida práctica existe toda una clase forzada á inspirarse en el interés material, so pena que todos sus miembros—y esto es imposible—se consagraran al altruismo.

No es escaso el número de burgueses de corazón sano que socorren á sus semejantes, sienten y alivian sus sufrimientos y son, frente á los demás burgueses, los campeones más decididos de la causa del proletariado. Pero esos burgueses no son la burguesía.

Una clase es la expresión del sentimiento medio, y el sentimiento medio humano es

(1) Los propietarios territoriales suelen estar en pugna, dentro de la clase capitalista á que pertenecen, con los industriales.—LORIA, en las *Bases económicas*, demuestra reiteradamente la ventaja obtenida por los obreros durante la lucha entre la renta de los primeros y la ganancia de los segundos.

el sentimiento de los intereses individuales.

Cuando el interés de los proletarios está desgraciadamente en antagonismo fundamental con el interés de la clase que ejerce el poder, esta última no puede, dado el estado psicológico humano presente, preocuparse de las quejas y de los sufrimientos de aquéllos.

Falta á la mayoría de los privilegiados hasta verdadero conocimiento de semejantes quejas y amarguras. Acaso los defensores de este orden social dejarían de serlo si conociesen toda la brutalidad del mismo y estuvieran en íntimo contacto con los males que produce.

La clase directora procura que su propio interés se confunda con el interés de la generalidad, y ya porque se considere cómo en los tiempos antiguos ó medios clase privilegiada *ab-initio*, ya porque se repite, de acuerdo con las ideas corrientes, clase directora por efecto natural de las relaciones y de las exigencias sociales modernas, es lo cierto que cuando legisla, sustancialmente para ella sola y aparentemente para todos, se inclina á pensar, con plausible ilusión, que ha hecho todo lo contrario.

En el régimen burgués, en el que, conforme queda expuesto, la división de la

sociedad en dos clases se realiza automáticamente por efecto del sistema capitalista, la lucha de clases se verifica en gran parte inconscientemente y el interés de la clase privilegiada surge, más que por egoísmo deliberado de la misma, por consecuencia fatal, mecánica del propio sistema. La comprobación de la lucha de clases es sin duda una labor penosa é ingrata, que necesariamente tiene que realizar quien prefiera al idealismo basado en el aire, el rudo pero sano contacto con la realidad. Mas semejante lucha no induce, en modo alguno, á odiar á las personas de la clase privilegiada. La comprobación de la existencia de la lucha de clases no determina un aumento en el antagonismo que entre ellas existe: el fenómeno, sabido ó ignorado, es siempre el mismo, y no por ser desconocido había de producir efectos distintos.

Los socialistas no desean la lucha de clases, como el meteorólogo no desea el huracán que predice con arreglo á sus cálculos y á sus observaciones.

La lucha de clases no existe porque los socialistas la observen, sino que la observan porque existe: del mismo modo el huracán no se forma porque el astrónomo lo haya previsto; por el contrario, el astró-

no lo prevé porque debe producirse.

El conocimiento de un fenómeno que es resultado de determinadas causas permanentes, no sugiere odio alguno; el odio es efecto inevitable de los antecedentes del fenómeno mismo.

Los socialistas combaten el odio contra los individuos, porque éstos no son autores voluntarios de la explotación humana, sino víctimas de un ambiente que impone semejante explotación.

El socialismo es la negación rotunda de la tradicional enemiga de hombre á hombre, y por el influjo de su doctrina se extingue la animadversión personal contra el patrono, el propietario y el capitalista, á los cuales considera, no como individuos que quieren explotar á sus semejantes, sino como individuos que son patronos, propietarios y capitalistas por la fatalidad de las circunstancias, del mismo modo que también lo son los obreros, los artesanos y los proletarios.

El odio no nace de la comprobación de la lucha de clases; nace del espectáculo diario de las injusticias que ocasiona el predominio de una clase (1).

(1) «Las comarcas hambrientas, las tierras incul-tas, la concusión, la absolución escandalosa y la condena injusta, la violación de las leyes, el arbitrio y la

El socialismo es el más encarnizado adversario de ese odio que confunde los efectos con las causas y se dirige al enfermo y no á la enfermedad que padece (1).

En el epígrafe del periódico *La Justicia*, de Reggio Emilia, se consigna con toda exactitud la repugnancia de los socialistas á incitar al odio. «La miseria — se lee en él — nace, no de la perversidad de los capitalistas, sino de la mala organización de la sociedad, de la *propiedad privada*; por eso no predicamos el odio á las personas ni á la clase de los ricos, sino la urgente necesidad de una reforma social que, fundada en el consorcio humano, establezca la *propiedad colectiva*.»

Es en verdad muy extraño que mientras se habla á todas horas de la lucha por la existencia, y son corrientes en la escuela, en la familia, en los periódicos, en los libros, los aforismos, más ó menos eruditos, *homo homini lupus, prima charitas incipit*

inmoralidad, son los más poderosos alicientes del odio, tan fácilmente sentido como frecuentemente originado...» *La Martinella*, año XIV, número 12.

(1) No quiero omitir, como honradamente podía hacerlo, que algunos apóstoles falsos é ignorantes del socialismo son predicadores de odio. Pero es evidente que de estas predicaciones malvadas no son responsables ni el socialismo ni la lucha de clases.

*ab ego, mors tua vita mea, cada uno en su casa y Dios en la de todos, cuenta y razón sustentan amor, no inmiscuirse en negocios ajenos*, y todos los demás inspirados en las *altruistas* fórmulas individualistas, se escandalicen algunos de la afirmación del egoísmo de clase, como si la lucha de clases, que es un aspecto de la lucha por la vida, fuese cosa distinta del egoísmo fundamental humano. La demostración del egoísmo de clase no hace más que poner de relieve una manifestación colectiva de la lucha por la vida. No hace más que expresar que hay un número de hombres—los capitalistas—que se unen para la lucha por la vida en asociación fundada en intereses idénticos.

Y si estos intereses no son iguales á los de los trabajadores, y están, por el contrario, en razón inversa de los de éstos, la clase que defiende sus privilegios no puede luchar por su mantenimiento protegiendo á la vez á los trabajadores, sino sacrificándolos.

Si las condiciones de vida, de posición social, inspiradas en un egoísmo casi universal, son las que imponen una determinada lucha por la vida, no hay motivo alguno para sentir odio hacia los hombres que sufren esa imposición.

La comprobación de la lucha de clases no conduce á violencias contra la clase dominante ó sus representantes, como habré de indicar en el capítulo próximo sobre socialismo y evolución.

Lucha de clase no significa lucha material entre las clases, como lucha científica ó electoral no quiere decir lucha material entre los científicos, los electores ó los candidatos.

Los socialistas proclaman la lucha de clases para demostrar al proletariado que aspira á redimirse que, estando dividida al presente la sociedad en dos clases cuyos intereses son antagónicos, si los proletarios, clase explotada, quieren salir de su intolerable situación no deben sostener á la clase explotadora, ni esperar de ella su redención, sino marchar por sí solos hacia la conquista pacífica de los poderes públicos, sin auxiliar á los demás partidos, aun cuando acaso alguna vez puedan andar con ellos alguna jornada.

Presiento que alguien pudiera objetarme de este modo: si la burguesía es como es (1),

(1) *Critica Sociale*, 1.º Enero 1892. Carta de ARTURO GRAF á FELIPE TURATI: «... Á una cosa no puedo asentir: á las frecuentes invectivas y recriminaciones contra la burguesía. Pueden tener valor como arma de

sin intervención de su libre voluntad; si conduciéndose como se conduce no hace más que obedecer una ley natural, ¿por qué los periódicos y los oradores socialistas formulan frecuentemente críticas ardientes y encarnizadas contra esa misma burguesía y sus hombres? La respuesta es sencilla y fácil.

combate, pero son extrañas á la ciencia. La burguesía y su predominio fueron un resultado inevitable de la evolución histórica. La ciencia no puede dejar de reconocer que la historia fué lo que tenía que ser; y, por tanto, la responsabilidad de los acontecimientos que la forman no recae, en verdad, sobre nadie...»

Responde á esto en una nota Felipe Turati: «No sé de qué ciencia me habla. Alude usted, por lo visto, á una ciencia que se limita á exponerlo todo escépticamente y acaba por justificarlo todo. Es la aleación de todos los egoísmos, la defensa de todas las tiranías; en la práctica es el sostén del *statu quo*, al que ella sirve y alimenta.

•Esta ciencia no es la nuestra, y no es sin duda la que usted admira.

•Nuestra ciencia, la ciencia humana y positiva, no se limita á exponer, sino que juzga, condena, facilita la previsión y auxilia al progreso. Es ciertamente un arma de combate, pero lo es en el más amplio sentido de la palabra porque es á la vez efecto y causa de la evolución moral, económica y social.

•Esta ciencia nos enseña que si la burguesía fué lo que usted dice y nosotros reconocemos y ocupó un lugar preeminente en la historia de la civilización, ha dejado muy pronto de ser lo que fué y lo que la hizo gloriosa. Su imperio ha sido una necesidad de la his-

Esas críticas no constituyen una injuria inferida subjetivamente, sino objetivamente.

Son la calificación lógica de un hecho que ocasiona daño ó dolor, con independen-

toria; también su nueva tiranía es necesaria, puesto que aún existe y perdura; pero eso es un *mal necesario* y no un bien merecedor de indulgencia y tolerancia.

•Y á usted, que es, á más de literato, pensador doctísimo, preguntamos: ¿Cuándo se ha realizado una gran revolución que haya logrado su triunfo sin lucha, sin protesta contra los sistemas, las ideas y las instituciones que intentaba demoler?

•¿Puede usted concebir el cristianismo sin recriminaciones ni invectivas contra la corrupción pagana? ¿Concibe usted la revolución del Tercer Estado agasajando á los nobles y al clero por los buenos servicios que prestaron á la civilización medioeval? ¿Qué ateísmo filosófico será benigno con la secta nigromántica los sacerdotes? ¿Dónde habéis visto (tomo una frase de Bakounine) ideas que marchen por sí solas?

•Nosotros hemos visto siempre que las ideas y los sistemas encarnan en determinados individuos, en determinadas instituciones. Cuando un principio más elevado que los anteriores surge en la historia, no es con la crítica indulgente y piadosa como puede afirmarse y como puede vencer. Además de combatir y rechazar cuanto le es hostil, el nuevo principio, en su lucha por la existencia, demuestra también su superioridad con la censura. Denuncia los vicios y las injusticias que emanan del principio contrario. Y antes de ejecutar la condena, dicta la sentencia. Las invectivas, las recriminaciones no están en el mezquino arbitrio y en el capricho de los hombres. Están en los hechos, en la realidad.»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1914 1925 MONTERREY, MEXICO

cia de la responsabilidad moral, de la causa del hecho mismo.

Llámase desgraciada á la suerte, maldita á la miseria, repugnante á un sapo; cruel á un tigre, y, por el contrario, bueno al perro, fértil á un oasis, hermosa á una flor, amigo al destino, sin que ninguna de estas cosas sea desgraciada ó hermosa, repugnante ó cruel, por su voluntad.

Es el punto de vista el que determina la consideración favorable ó desfavorable de un suceso ó de un acto.

El tigre es cruel para el hombre, pero en sí no es ni apacible ni cruel; es conforme la necesidad de su conservación le permite ser, dado su organismo y sus condiciones de vida; una flor en sí no es ni hermosa ni fea, pareciendo al hombre lo primero porque su aroma, su color, le producen un placer.

Desde el punto de vista de los intereses de los proletarios, la burguesía es merecedora de las invectivas que se le dirigen, porque con su conducta mantiene á los proletarios en su infortunada situación; como desde el punto de vista de los intereses de la burguesía, el proletariado y sus defensores son intrigantes, agitadores, engañadores del pueblo, etc., etc., porque con

su conducta perjudican los intereses de la clase burguesa.

Así como la burguesía pretende que el régimen social que ella mantiene funciona para beneficio de todos, así la invectiva socialista está justificada por el contraste entre esa infundada pretensión de los privilegiados y la realidad en que se informa. El punto de vista es lo que en la práctica hace juzgar en uno ú otro sentido un mismo hecho.

La guerra que para unos es santa, es para otros inicua; la represión que para unos es justa defensa, para otros es vil abuso de fuerza.

La invectiva es la apreciación moral que precede á la formación de una ética nueva. Cuanto más elevado es el punto de vista, tanto más justa es la invectiva.

La altura de miras de la doctrina socialista hace que la invectiva lanzada en su nombre, siendo fundada y digna, sea la manifestación de un sentimiento superior (1).

La invectiva es simplemente la compro-

(1) Entiéndase bien que no justifico, ni siquiera de un modo indirecto, la contumelia y difamación sistemáticas, armas innobles que no esgrimen los socialistas, sino los sectarios ó los delincuentes que se disfrazan de socialistas.

bación calificada de un hecho, y en la propaganda socialista es ajena á todo estímulo de violencias personales.

No se puede aislar la crítica socialista del resto de los principios socialistas. Estos, según hemos visto, reconocen la impersonalidad de la tiranía burguesa, y aquélla no hace más que dar nombre á los actos de esta tiranía, considerada en su relación con los intereses socialistas.

Si alguna vez la invectiva es personal y se dirige contra un ministro, un polizonte, un alcalde, un juez, etc., nadie debe pensar que su objeto es excitar á los proletarios contra aquel ministro ó juez, etc., á violencia personal alguna, porque el socialismo no se cansa de repetir que las injusticias presentes se deben á un sistema y no á un desdichado, ya vista toga, librea ó uniforme, el cual, una vez despojado del título que le hace políticamente despreciable, es uno de tantos desgraciados que lo mismo militan en la burguesía como en cualquiera otra clase social.

Si la burguesía es como es por razón de la lucha por la existencia, no por ello los socialistas se han de abstener de juzgarla y condenarla.

A la lucha por la existencia de la bur-

guesía se opone la lucha por la existencia del proletariado.

La invectiva, cuando no es vulgar, hállese plenamente justificada, y no está en contradicción con las conclusiones del determinismo económico.

La invectiva, en fin, es la menor expansión que puede permitirse á la vista de los innumerables abusos, de las atroces injusticias que se cometan en daño de los pobres; más que de estimulante de sus pasiones, sirve de lenitivo de las ofensas y de los desprecios que reciben, pues, á no tener expansión en esas réplicas, la tendrían en actos violentos, mucho más peligrosos que una palabra de crítica por severa que sea.

Que la teoría de la lucha de clases se llame destructora por las gentes, es cosa sin importancia; ese calificativo se aplica siempre á toda teoría nueva que los académicos, los militares y el vulgo comprenden á última hora.

La teoría de la lucha de clases pasará por las fases de tantas otras teorías que en un principio han sido conceptuadas como destructoras de la moral, del derecho, del orden, etc., y después han acabado por ser aceptadas en el lenguaje corriente.

El darwinismo, la antropología criminal,

para no hablar más que de cosas recientes, han sido tenidas por doctrinas inicuas y perversas, y hoy no hay gacétilero, abogadillo ni politicastro que no hablen de atavismo, de selección, de evolución, de lucha por la vida, de delincuentes natos, etc.

Estas mismas doctrinas, ayer tan peligrosas, invócanse en defensa de la sociedad, y se impugna el socialismo en nombre de la evolución, y se desprecian los pobres, los desgraciados y cuantos caen vencidos en la lucha por la vida, en nombre de la selección y del triunfo de los mejores.

La comprobación de la lucha de clases es triste, porque demuestra en medio de cuánto mal progresa la humanidad; pero es altamente consoladora, porque enseña también cómo se realiza, á pesar de tanto mal, la conquista laboriosa del bien.

No obstante la encarnizada oposición de intereses, la humanidad ha caminado siempre y camina hoy hacia la paz y el amor entre todos sus miembros.

El egoísmo, que para redimir á algunos y esclavizar á los más ha causado tantas víctimas, derramado tanta sangre, encendido tantas hogueras, levantado tantos patibulos, inundado el mundo de discordias y sufrimientos, va lentamente negándose á sí

mismo, resultando cada vez más inconciliable con la existencia social.

La lucha de clases contiene en sí misma el elemento de su propia disolución, y el supremo término del desacuerdo secular humano deberá ser inevitablemente la concordia y la unión.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
AVDA. DE SAN MONTE, MÉRICO